

EL MERIDIANO

José Luis Mateos

¿Será el mundo que cambia?

No sé si somos conscientes de la cantidad de acontecimientos que han ocurrido en los últimos años. Ninguno bueno a priori para la inmensísima población del planeta. Cuando el siglo XX cerró sus puertas con la caída del Muro de Berlín, parecía que finiquitaba la época siniestra del comunismo soviético. Antes, las dos guerras mundiales, con la mayor mortandad de la historia.

Ahora todo ha empezado con los aviones estrellados por los sicarios de Bin Laden contra las Torres Gemelas de Nueva York. La respuesta de George W. Bush fue la guerra de Iraq, que no hizo más que emponzoñar la región. Muchos musulmanes ya tenían el motivo para radicalizarse, apartando así a la gente moderada, de la que luego hablaremos. La época de prosperidad económica –falsa, porque estaba basada en la mentira y el latrocinio– tocaba a su fin y se instalaba una gran crisis, no solo en relación con el dinero, sino también en relación con los poderes, el bienestar de la población y las costumbres.

Las nuevas tecnologías vinieron a echar una mano a la

debacle, pues en los países occidentales ayudaron a agrandar la brecha entre ricos y pobres. Las máquinas ya empezaban a sustituir a los hombres. Algunos ya volvieron a ser tratados como esclavos. Solo faltaban los látigos. Y los robots vinieron para quedarse. Millones de máquinas mandan al paro actualmente a muchos más millones de personas. Y más que mandarán.

Decían que venía la meritocracia. Vivir para ver. Vuelve la ley de la jungla. La ley del más fuerte. El egoísmo más feroz se impone. La Gran Bretaña profunda rompe con Europa. Decimos 'brexit', así, sin traducir, que no queda tan traumático. La Norteamérica profunda ya tiene a su líder en Donald Trump. La Francia de las libertades y de las acogidas seculares parece que quiere ahora a Marine Le Pen. En Europa no se quiere acoger a los inmigrantes musulmanes (y algún que otro cristiano) sirios moderados que huyen de los yihadistas. En Hungría, Austria, Holanda y en algún que otro país, surgen brotes de xenofobia. ¿Les suena todo este ambiente en pleno siglo XX? ¿Volvemos a cambiar hacia atrás?

EL FOCO

Magdalena Lasala

Compromiso con la Tierra

Con 200 países se ha celebrado en Marrakech la Conferencia sobre el Cambio Climático para acometer la implementación del Acuerdo de París, llamado así el compromiso suscrito en 2015 para reducir emisiones de gases contaminantes y sujetar el aumento de la temperatura global a menos de dos grados en este siglo. Ya solo en 2016 ha subido 1,2 grados. Pero en la realidad del mundo desarrollado sigue sin afrontarse seriamente acabar con las emisiones y sin haber un verdadero control. Se sabe qué industrias están generando gases y productos nocivos pero no se paralizan, y hay todavía leyes tan livianas que sale más a cuenta a las empresas pagar las multas que respetar el medio ambiente.

Se habla de los peligrosos efectos del cambio climático pero no se atajan, por ejemplo, con una legislación común y rigurosa de verdad donde se prohíban todos los aparatos que emitan gases sobre los topes estándares, con sanciones ejemplares si se incumple o hay engaño. Recordemos el escándalo de los coches que salieron trucados ya de fábrica, falseando deliberadamente controles de emisión. ¿Qué pasó con eso? Los coches siguen en la calle.

Una medida de la cumbre de Marrakech fue reforzar el apoyo tecnológico y financiero a los países en desarrollo para que diseñen su futuro sostenible con energías limpias. La actitud del mundo desarrollado es una de las causas de los problemas medioambientales de hoy, por el dominio y la explotación ejercidos sobre el mundo no desarrollado, y ahora se quiere controlar su crecimiento pero sin corregir los propios defectos y sin atajar lo que más precisa la preservación ambiental: se siguen talando bosques, infectando ríos y explotando recursos con el solo fin del enriquecimiento rápido. Las empresas buscan su lucro y los individuos su comodidad, y para luchar contra el cambio climático se debe cambiar el modo de vida. Al interés de las empresas más contaminantes se alía la insensibilidad de quienes rechazan las evidencias del cambio climático y sus riesgos. Cuando de verdad queramos evitarlo, ¿será el daño causado ya irreversible?

LA TRIBUNA | José Ángel Bergua Amores

Sociosofía

La victoria de Trump, como el triunfo del 'brexit', es una nueva prueba de un divorcio entre el mundo de las élites y el de las gentes que está desbordando el sistema

La victoria de Donald Trump ha vuelto a poner en evidencia a los analistas, los medios de comunicación, la propia clase política y, en definitiva, al sistema que esas y otras élites gestionan e informan. Sin embargo, su falta de solvencia ante la proliferación de objetos políticos apenas o nada identificables ya lleva un tiempo entre nosotros. Hace seis años, justo después de que los cables de la diplomacia norteamericana filtrados por Wikileaks revelaran que para sus analistas no había problema alguno en el norte de África, estalló la primavera árabe. Un año después, las élites quedaron de nuevo tratadas con la irrupción del 15-M, al no entender los originales modos que allí se exhibieron y sorprendere por la denuncia de que la democracia no lo es.

Este año ha ocurrido algo similar con el 'brexit' y las elecciones presidenciales norteamericanas. Que en ambos casos los estudios demoscópicos hayan sido incapaces de prever algo tan simple como la elección entre dos opciones, debe llevar a cuestionar definitivamente la capacidad de las ciencias sociales para medir y explicar el complejo mundo del siglo XXI. Esa ceguera es similar a la que padecen las élites políticas y los medios de comunicación, patológicamente aferrados a una

realidad que ya no existe. En general, todos ellos ignoran que no saben.

Hace unos días trasladé estas impresiones a un colega de la Universidad de Huangshan. Como es habitual en él, me respondió de un modo enigmático. Dijo que hubo una época, anterior al gobierno del Emperador Amarillo, en la que el mundo de los políticos y el de las gentes no estaban separados. Unos y otros tenían grandes diferencias de color y forma, pero convivían en armonía. Aunque estaban en distintos lados del espejo, se podía ir y venir a través de él sin mayor dificultad. El problema es que una noche, después de que un amplio espectro de políticos ebrios de poder intentara imponer ciertas formas y colores a las gentes, estas reaccionaron violentamente invadiendo la sociedad y se produjo el caos. Como el genio era tan poderoso solo se le pudo derrotar y obligar a volver al otro lado del espejo gracias a las artes mágicas del Emperador Amarillo. Para ello urdió un hechizo, hoy mantenido a base de encues-

tas y televisión, por el que esos seres caóticos se acostumbraron a copiar mecánicamente los pensamientos, actos y apariencias de las élites. Sin embargo, la leyenda también dice que el embrujo no iba a ser eterno y que las gentes, en algún momento, empezarían a ser imprevisibles. Poco a poco los políticos dejarían de reconocerse en el espejo, después las apacibles imágenes adquirirían vida propia y finalmente invadirían este lado del mundo.

Aunque el profesor Li no quiso aclararme cuándo y cómo iba a producirse el cambio, le trasladé mi impresión de que las élites que reconocen su ignorancia llevan tiempo insistiendo, si bien de un modo confuso, pues sus esquemas mentales apenas permiten añadir unas gotas más de sentido al que destilan sus parientes, que la gran transformación ya se ha iniciado. Aquí me puse solemne y, manejando ciertas jergas del siglo XX, añadí que las gentes han empezado a moverse entre la paranoia fascista y la esquizofrenia revolucionaria, desbordando en ambos casos el realismo neurótico que nuestras élites vienen administrando para que las imágenes del espejo continúen siendo lo que han de ser. No me respondió. Frunció el ceño, apagó Skype y desapareció.

José Ángel Bergua Amores es profesor de la Universidad de Zaragoza

«Poco a poco los políticos dejarían de reconocerse en el espejo, después las apacibles imágenes adquirirían vida propia»

LA TRIBUNA | Alejandro Pérez Esteban

Mirar hacia los médicos humanistas

Hoy en día, los profesores de la Facultad de Medicina suelen comentar: «Estáis a la vanguardia, a nivel mundial, en el conocimiento de los saberes médicos»; «los algoritmos en el tratamiento de la patología tal o del cáncer cual, que aquí se explican y que en nuestros hospitales se llevan a cabo, son los mismos que se aplican en los mejores hospitales norteamericanos»; «los avances médicos han permitido que en un siglo la esperanza de vida pasara de los 30 años a los más de 80 de ahora».

Aun así, cuando se pregunta a los estudiantes de últimos años su opinión sobre lo estudiado, no se encuentra el optimismo que cabría esperar, si bien debo afirmar que este sí se ve reflejado en los estudiantes de primeros años; a mi entender, porque la venda que todavía oprime sus ojos se mantiene sujeta a la competitividad atroz que adquieren durante los

duros años de bachiller, la imagen preconcebida de los médicos representados por los literatos franceses del siglo XIX o el afán casi exclusivo de sacar buenas notas para ser mejor que sus iguales.

Por lo tanto, si ahondamos en el problema, se nos plantea la siguiente cuestión: ¿cómo es posible que un estudiante medio de Medicina adquiera estas actitudes tan negativas durante el trayecto de su vida académica?

Siguiendo la máxima de don Gregorio Marañón –«me encantó estar al lado de la gente inteligente; nunca me preocupé de sus ideas políticas»–, un grupo de estudiantes de Medicina nos presentamos a las elecciones que se llevarán a cabo en nuestra Universidad, defendiendo el siguiente precepto: que el estudiante de Medicina no sabe hoy por hoy ni dónde se encuentra ni de dónde ha venido ni hacia dónde se dirige su futuro. ¿Por qué? ¿Cómo podemos

quitarle la venda que le oprime de falsos ideales, prejuicios y actos moralmente repulsivos?

Creemos que el único remedio para este analfabetismo que marca al joven estudiante del siglo XXI es la lectura y el conocimiento de las doctrinas de los grandes médicos humanistas que, con su buen hacer y sus sabios consejos, marcaron el camino; camino que nuestros predecesores aprendieron, aceptaron y allanaron con su esfuerzo. Para que seamos nosotros sus discípulos y realcemos sin duda más de lo que a día de hoy se encuentra este modelo de vida; y así, conociendo a nuestros predecesores, muchos de ellos antiguos estudiantes de esta Facultad, llevemos a gala y con orgullo el decir que somos estudiantes de Medicina. Que las palabras de estos grandes sabios nos guíen y nos alumbrén en esta vida nueva que nos espera. 'Satis erit ducere oculus'.